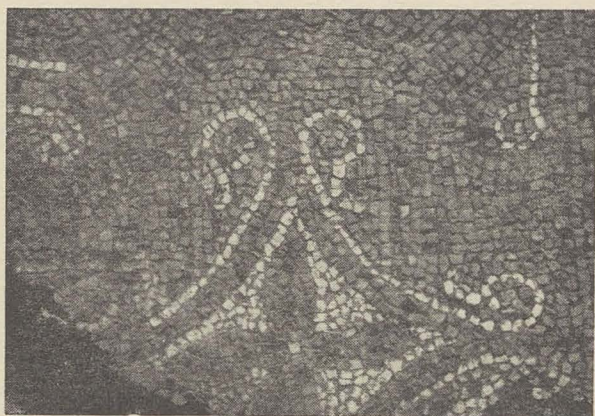


MAXIMO MARTIN AGUADO

PARA LA HISTORIA DE TALAVERA:

SAUCEDO



1965
TOLEDO

(Separata del núm. 49 de PROVINCIA, revista de la Excma. Diputación Provincial de Toledo, correspondiente al primer trimestre de 1965.)

Depósito legal: TO. Sep. 27-1958

PARA LA HISTORIA DE TALAVERA:

SAUCEDO

— Por MAXIMO
MARTIN AGUADO

I. Descubrimiento de Saucedo

Saucedo es una huerta que pasará a la Historia, no por las excelencias de sus productos hortícolas, sino porque ella misma es Historia: porque conserva, bajo su capa arable, preciosos testimonios arqueológicos del pasado más antiguo de la ciudad de Talavera.

Hasta hace unos catorce años, Saucedo era un terreno de secano, plagado de piedras y cascotes, en el que podían reconocerse, vagamente, las ruinas de un antiguo poblado. Ruinas que la gente aprovechaba como cantera al edificar sus casas, y en las que aparecían, de vez en cuando, columnas de mármol, mosaicos, viejas monedas y otros mil objetos desusados, que nadie se ocupaba de estudiar.

Hacia 1950, el Instituto Nacional de Colonización extendió hasta la finca el regadío y, aunque al abrir las zanjas, volvieron a prodigarse los hallazgos, tampoco en esta ocasión la noticia llegaría hasta nadie que supiera aprovecharla.

Las cosas continuaron igual, hasta que, en 1959, el dueño de Saucedo, don Eugenio Manzano, construyó la casa y el pozo que posee actualmente en la huerta. Al hacerlo, dejó al descubierto los cimientos de antiguas habitaciones, y encontró una serie de objetos, que decidió conservar en espera de que alguien le revelara su significado.

Así fue como, andando el tiempo (1963), algunos de estos objetos llegaron a poder de don Clemente Palencia,

que me los regaló para su estudio a mediados de Octubre de 1964. Consecuencia inmediata, fue la realización de una excursión para explorar el lugar de los hallazgos, en la que, entre los dos, pudimos reconocer, sin lugar a dudas, los vestigios de una espléndida villa romana.

Desde entonces he vuelto reiteradamente por Saucedo, para realizar el estudio preliminar del yacimiento (el definitivo no podrá hacerse sino mediante excavaciones), y este trabajo es un modesto anticipo, un avance, una primera versión, toledana, del citado estudio, todavía en curso.

En varios de mis viajes me acompañó el señor Vigil, excavador del circo romano de Toledo, al que debo algunos de los datos contenidos en este trabajo, como se especificará más adelante.

II. Noción de una villa romana

Una villa romana no es, como algunos sobreentienden, un pueblo, sino la finca de campo de un romano notable, ya fuera una quinta de recreo, ya una casa de labor.

El edificio principal de la villa era la casa del dueño (*villa dominica*), generalmente dotada de todas las comodidades. Las construcciones restantes (*villa rustica*) comprendían, según los casos, viviendas para los colonos y esclavos, graneros, establos, gallineros, conejares, viveros para peces, alfares, molinos de aceite, etc.

Casi todas tenían, además, su propio

cementerio familiar, y, en las villas de más lujo, no faltaban grandes parques y jardines flanqueados de estatuas.

Las villas se localizaban, de ordinario, en la vecindad de poblaciones importantes. En nuestro país debieron difundirse, sobre todo, a partir de la concesión del *ius Latii* a los hispanos, hecha por Vespasiano en el tercer tercio del siglo I. Concesión que, no sólo convirtió en latinas a más de noventa ciudades peninsulares (entre ellas *Toletum*=Toledo, *Consabura* = Consuegra, *Caesarobriga*=Talavera de la Reina y *Augustobriga*=Talavera la Vieja), sino que, además, atrajo hacia Hispania, durante todo el siglo II, a gran número de romanos.

Como el Estado disponía aquí, por ser país conquistado, de enormes extensiones de terreno, lo más probable es que muchas de las *villae* hispanas nacieran ya con carácter de latifundios. De cualquier forma, su evolución fue la misma que en el resto del Imperio:

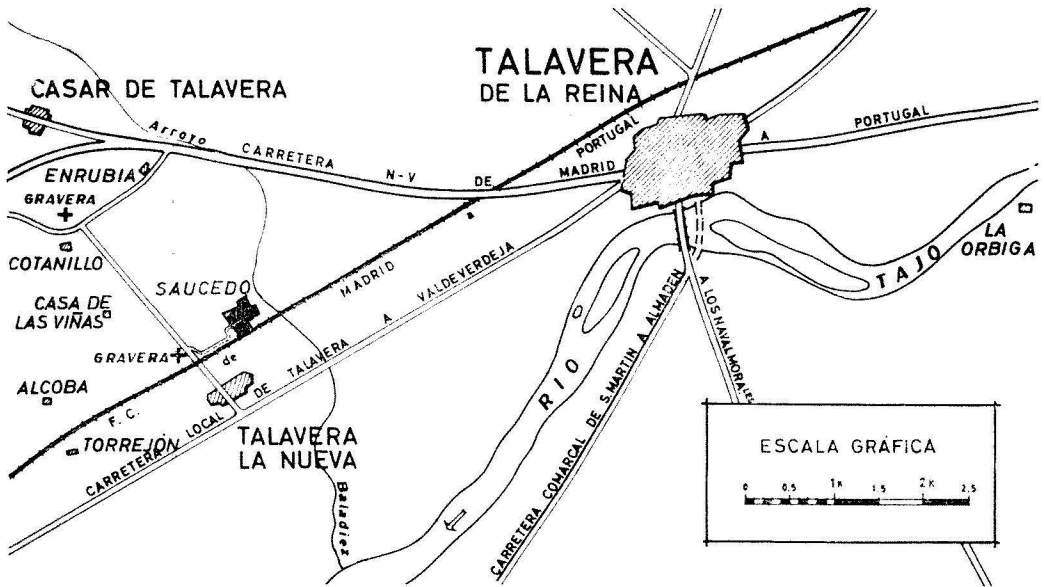
absorbieron la pequeña propiedad y terminaron convertidas en verdaderos feudos, a menudo más poderosos que la ciudad en cuyo territorio estaban enclavados. Un signo más de la descomposición interna del Imperio, que precedió a su caída.

III. Situación del yacimiento. Antecedente prehistórico de Talavera

La finca de Saucedo está situada en la vega derecha del Tajo, junto al ferrocarril de Madrid a Portugal, unos 5 kilómetros aguas abajo de Talavera de la Reina (fig. 1).

Mide, aproximadamente, 11 hectáreas, pero sólo en unas 6 se producen hallazgos arqueológicos. Corresponden a la parte de la huerta que está más próxima al arroyo Baladiez.

Desde Saucedo al punto más próximo del Tajo, hay poco más de 3 kilómetros. La altitud del río en dicho punto, es de 359 metros. La de Saucedo



(Fig. 1)

do, 372 metros. El yacimiento se encuentra, por lo tanto, sobre la terraza baja de aquel sector del Tajo, la misma sobre la que está edificada Talavera. Tal asignación es, sin embargo, provisoria, porque las terrazas del Tajo en Talavera son aún casi enteramente desconocidas.

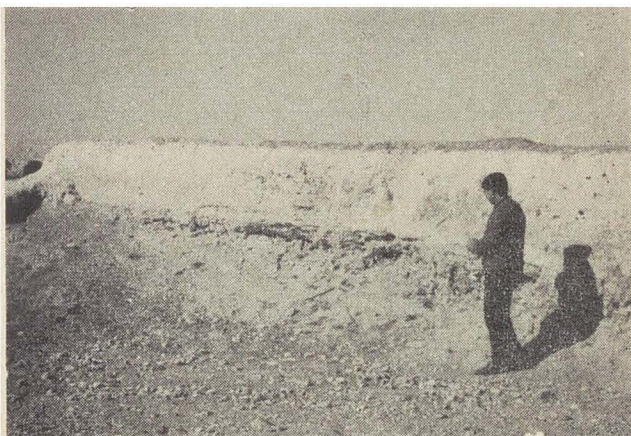
Un corte muy somero de dicha terraza puede verse en una gravera abandonada que abrió el Instituto de Colonización a la entrada del camino de Saucedo (fig. 1), en el lugar llamado Llano del Acebuche. El citado corte abarca, casi únicamente, la formación pluviodinámica reciente que cubre la terraza, como se ve por la calcificación de sus materiales (fig. 2). A la tierra de este origen, blanquecina por los carbonatos que contiene, la llaman en Talavera "tierra calocal".

Un corte más completo de la misma terraza es el que proporciona el pozo de la finca. Tiene casi 7 metros de profundidad, de los cuales, el primero, atraviesa los niveles arqueológicos del yacimiento, y, los restantes, gravas algo calcificadas, en particular hacia las capas más bajas, mezcladas con arenas poco lavadas. La perforación termina sobre arcillas bien consolidadas, impermeables, que deben constituir el sustrato mioceno de la terraza.

Tanto estas gravas como las de la terraza inmediata superior, que se explotan en la finca llamada Cotanillo (fig. 1), parecen absolutamente estériles. Estudiándolas se tiene la impresión de que en el sector talaverano del Tajo hay un gran vacío prehistórico, o, por lo menos, paleolítico, y de que allí la historia humana no comienza, plenamente, sino en el Neolítico o en la Edad del Bronce.

Sin embargo, en Diciembre de 1964, hemos logrado encontrar algunas pie-

dras talladas entre las gravas, probablemente coluviales, que se explotan en el kilómetro 104 de la carretera de Extremadura, 12 kilómetros al Este de Talavera, y, en Enero de este mismo año, hemos podido localizar un yacimiento algo más prometedor en la finca "El Chaparral", del término de

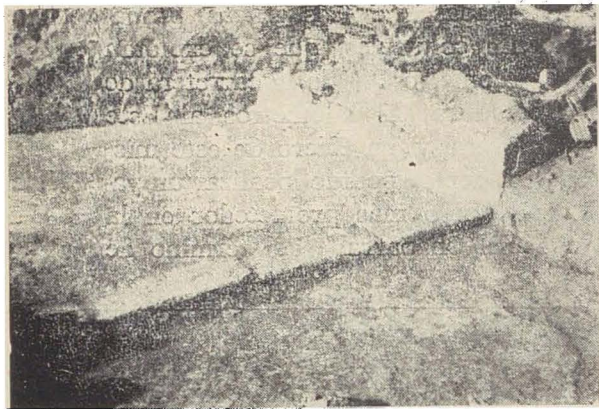


(Fig. 2)

Pepino, en una gravera situada unos 4 kilómetros al Norte de Talavera; descubrimiento, este último, que debemos a la entusiasta y certera colaboración de don Alberto San Román Gómez-Menor.

IV. Inventario arqueológico de Saucedo

Para deducir el carácter de la villa romana de Saucedo hay que empezar por estudiar, con todo detalle, sus materiales arqueológicos. Tal estudio debe ser publicado, sin embargo, en revistas más especializadas. Por consiguiente, nos limitaremos a repetir y complementar aquí lo que ya dijimos sobre estos materiales en dos artículos publicados en "El Alcázar" de los días 2 y 5 de Enero del año en curso.



(Fig. 3)



(Fig. 4)



(Fig. 5)

A. *Restos de edificaciones.*—Apenas quedan ya en Saucedo restos visibles de construcciones. Los que se han dejado últimamente al descubierto, corresponden, a mi ver, con toda evidencia, a la casa señorial de la finca, y estaban dotadas de calefacción. Las paredes de las habitaciones son de piedra y están revocadas interiormente de estuco pintado al temple. Sus mosaicos son, en unos casos de *opus signinum* (fig. 3) y, en otros (habitaciones principales), de *opus tessellatum* (fig. 4).

Hacia el arroyo Baladiez se han encontrado, además, tres sepulcros, que pueden corresponder al cementerio de la villa. En sus inmediaciones hay una gran piedra de granito, ligeramente troncocónica, semejante al tambor de una enorme columna o al pedestal de una estatua (fig. 5), y, cerca de ella, un viejo pozo cuadrangular, con el brocal reconstruido (fig. 6).

B. *Objetos de mármol blanco.*—A principios de siglo se recogieron dos fustes y una basa o capitel de otras tantas columnas, que se llevaron a la vivienda del entonces dueño de la finca, en el Casar de Talavera. Los fustes se emplearon en la construcción de una pared; la basa o capitel, como losa en la pavimentación del patio, donde puede verse todavía.

En los últimos años se han recogido, además, otra basa o capitel de columna, una pileta (¿mortero?, ¿aguamanil?), de la que se conservan dos trozos (fig. 7), una placa que tenía grabada la figura de un pez y un fragmento de estatua.

C. *Objetos de granito.*—A principios de siglo se hallaron varias metas de molino de mano, que se utilizaron, igualmente, en la construcción de la vivienda del dueño antiguo, así como una pileta, que sirve, desde entonces,

como bebedero para las gallinas (fig. 8). En los últimos años se han encontrado varios umbrales, empleados en la construcción de la casa de Saucedo, y otra meta de molino, que sirve de asiento en dicha casa (fig. 9).

D. *Piezas de barro*.—Son incontables los fragmentos de losas, ladrillos, téglulas, ímbrices, y los cascotes de *terra sigillata hispánica* esparcidos por todo el yacimiento. Se conservan también varios trozos de un *dolium* (figura 10) y una botija moderna de tradición árabe (fig. 11).

E. *Útiles de metal*.—De hierro, se ha recogido un azadón, unas tijeras, etc. De cobre o bronce, entre otros, una fibula de tradición ibérica y una campanilla. Otra parecida (fig. 12) ha sido hallada por el señor Ceamanos en Cotanillo. Y en Rielves me he enterado de que, hace algunos años, se recogió otra semejante en las termas (o resto de villa) abandonadas de dicho pueblo.

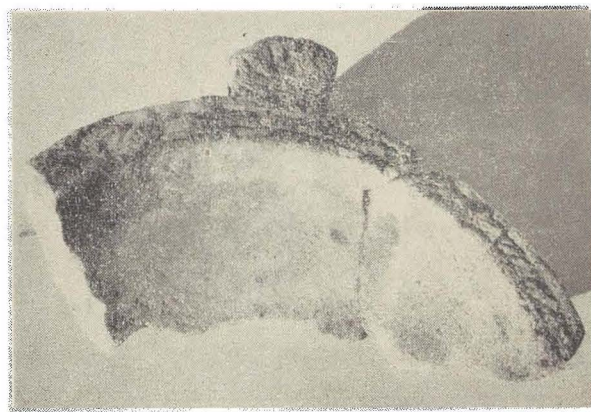
F. *Monedas*.—Se conservan unas cien, casi todas de bronce, y han sido leídas por el señor Vigil. La más antigua, ilegible, puede ser del siglo I. La más vieja de las leídas, corresponde al tercer tercio del siglo II. La mayoría de las restantes son de los siglos III y IV. Una de ellas es de plata. Hay, además, un triente de oro de Recaredo, acuñado en Toledo, y un pequeño lote de monedas y medallas más modernas.

En las figs. 13 (anversos) y 14 (reversos) reproducimos ocho de las más representativas:

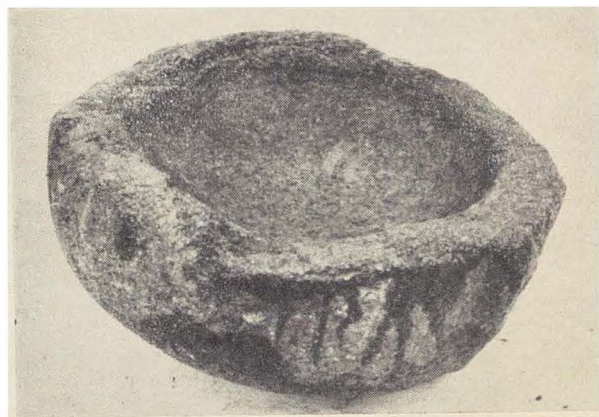
1. Gran bronce de Lucila, esposa de Lucio Vero.
2. Pequeño bronce de Galieno.
3. Pequeño bronce de Constantino II.
4. Moneda de plata de Crispo, hijo de Constantino.



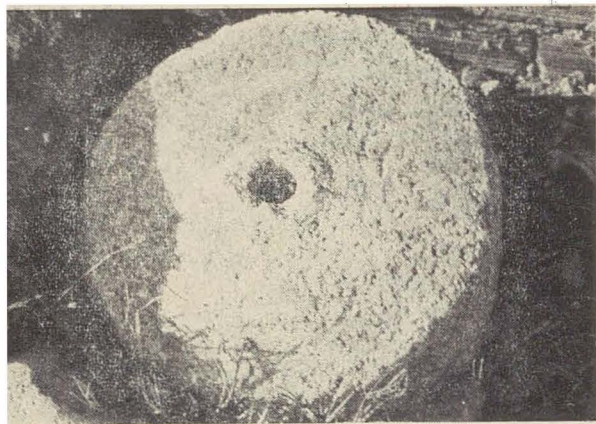
(Fig. 6)



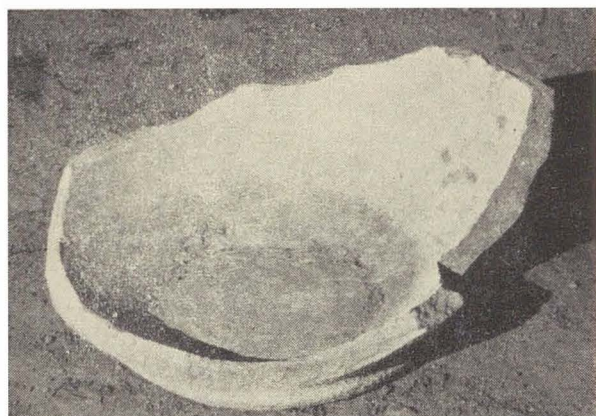
(Fig. 7)



(Fig. 8)



(Fig. 9)



(Fig. 10)

5. Pequeño bronce de Juliano.
6. Medio bronce de Teodosio.
7. Pequeño bronce de Arcadio.
8. Triente de oro de Recaredo.

G. *Conchas de moluscos*.—Novedad sorprendente de Saucedo es la presencia de conchas de moluscos marinos. Pudieron ser objetos de adorno; pero su abundancia, y el hecho de que algunas de ellas no sean nada vistosas, inclina a creer que tuvieron algún fin utilitario (¿fabricación del vidrio?). Dato curioso es que, entre ellas, figura la concha de *Purpura haemastoma*, uno de los caracoles productores de la púrpura.

H. *Restos humanos*.—Otro dato llamativo de nuestro yacimiento es la frecuencia con que se encuentran en él restos humanos, como si la villa hubiera tenido un fin violento, o como si, sobre sus ruinas, se hubiera librado, después, alguna importante batalla. Sobre los escombros que cubrían el piso de las habitaciones, de la fig. 3, yacía un esqueleto entero, cubierto con las tégulas de la techumbre derruida. Recordemos que, en situación parecida, se halló otro esqueleto en las antes citadas termas de Rielves.

V. Procedencia de los materiales de construcción del yacimiento

El granito, el genis y la cuarcita utilizados como mampuestos, o para fabricar determinados objetos, proceden, sin duda alguna, de la Atalaya del Casar y de otros cerros vecinos, situados unos 5 kilómetros al Norte del yacimiento, y que constituyen los eslabones más meridionales de la Sierra de San Vicente.

Los cantos rodados empleados, tanto en las paredes como para empedrados ordinarios, son los que forman la propia terraza sobre la que se edificó la villa, o la terraza inmediata superior, bien representada en todos los altozanos próximos a ella.

En cuanto a la cal y el barro pudieron extraerse de cualquier parte, incluso de la propia *tierra calocal*.

Los mosaicos teselares debieron adquirirse ya fabricados. Hay que anotar, sin embargo, que la mayoría de las teselas son de cuarcita y se obtuvieron a partir de cantos rodados de colores muy seleccionados, de manera que, empleando materiales relativamente vulgares, consiguieron una vistosa y afortunada combinación cromática. Tales

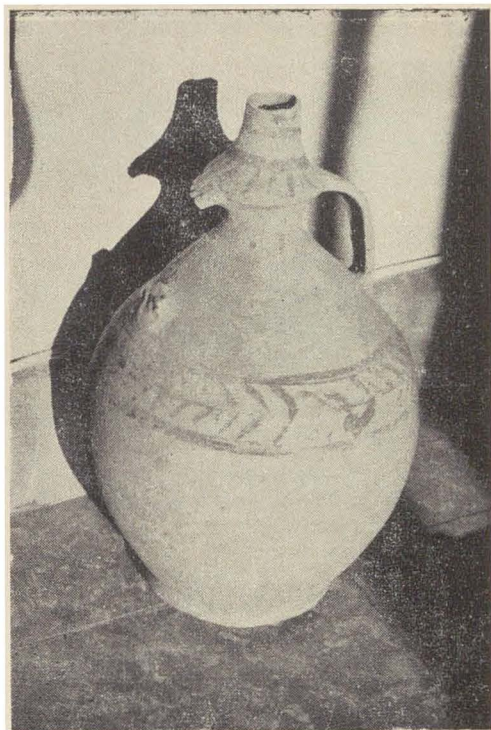
cantos son comunes en toda la cuenca del Tajo, especialmente en el sector del Jarama.

Quedaba por averiguar si también el mármol blanco podía tener una procedencia más o menos local. Las únicas canteras toledanas de mármol blanco que conozco se encuentran en Montesclaros, un pueblecito montado de la Sierra de San Vicente, situado unos 20 kilómetros al Norte de Talavera. Allí la aprovechan solamente para la fabricación de cal, base casi única de la economía del pueblo, y, por ello, le explotan muy someramente, mediante pequeñas excavaciones, a las que llaman, aguda y gráficamente, "conejas" (fig. 15). Se trata, sin embargo, de una roca muy distinta. Mientras que el mármol de Saucedo es una caliza muy pura, la caliza, quizá cámbrica, de Montesclaros, es una dolomía que se podría explotar, incluso, como magnetita. Acaso por esto aparece específicamente recubierta de líquenes negros, de donde resulta que los cerros dolomíticos de Montesclaros, a los que, según se dice, debe su nombre el pueblo, son, realmente, más oscuros que los cerros pizarreños y de granito del resto de la sierra.

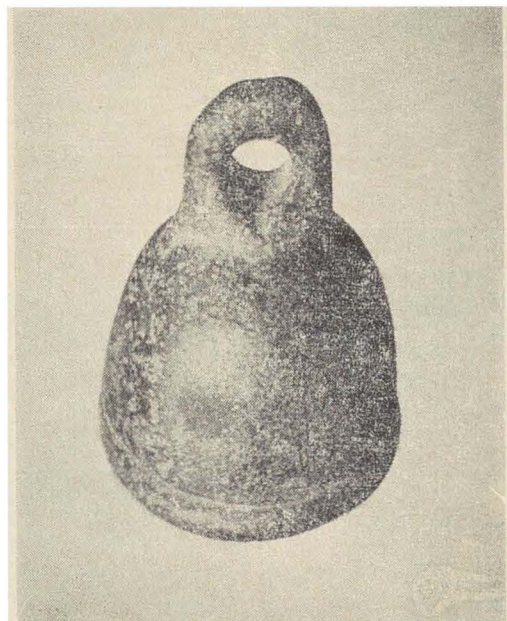
VI. Interpretación de Saucedo

Para llegar a conocer de una manera más precisa el significado de Saucedo, es imprescindible excavar el yacimiento. Entretanto, no nos queda sino aventurar algunas ideas relacionadas tanto con la villa como con la primitiva Talavera.

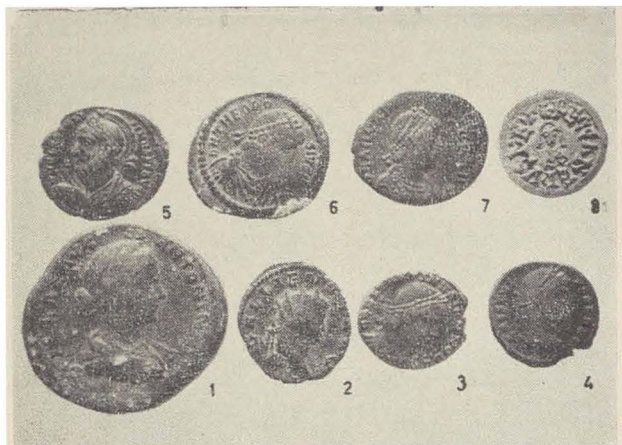
Los materiales reseñados, en su mayor parte tardíos, nos hablan de una quinta, de carácter utilitario, de los siglos I o II, que tuvo una vida floreciente durante los siglos III y IV. Una



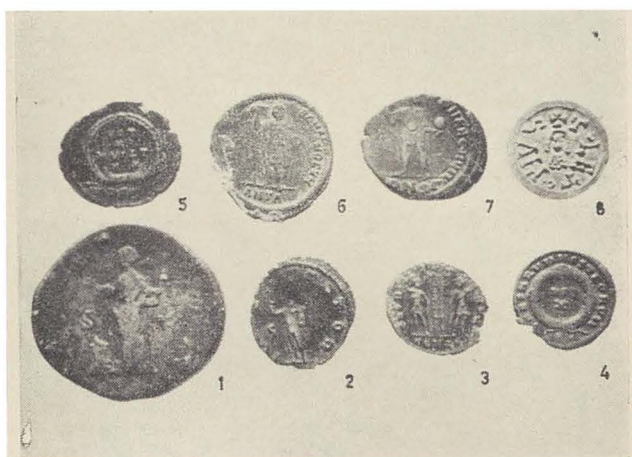
(Fig. 11)



(Fig. 12)



(Fig. 13)



(Fig. 14)



(Fig. 15)

villa que, a juzgar por la extensión de sus ruinas (unas 6 hectáreas), debió ser de las más importantes de la cuenca del Tajo.

Todo ello concuerda, a mi ver, con su privilegiada situación. Aprovechaba, en efecto, una de las vegas más feraces y anchurosas de este río, y se encontraba, por añadidura, comunicada por una de las calzadas que venían desde *Emerita Augusta* (Mérida), capital de la Lusitania, hasta *Toletum*, ciudad de la Tarraconense, y luego de la Cartaginense, pasando por *Caesarobriga*, ciudad de la Lusitania.

Desconocemos cómo era la primitiva Talavera. Como ciudad, yo la imagino relativamente pequeña, fortificada, adosada al río como centinela de su puente. Como entidad de población la veo, en cambio, extenderse por la vega inmensa de su territorio en forma de villas latifundiales, constelada por ellas lo mismo que Toledo, salvando las diferencias que impone una topografía contrapuesta, lo está hoy por sus cigarales.

Esta última suposición se encuentra, en cierto modo, avalada por hallazgos precedentes, de los que debo interesantes detalles a don Almiro Robledo. El área principal de los mismos se concentra en la zona de Saucedo, es decir, en la margen derecha del Tajo, aguas abajo de la ciudad, aproximadamente hasta donde abarca el mapa de la fig. 1.

Al otro lado del río, la zona más notable parece estar, en cambio, aguas arriba de Talavera, en la Hormiga y La Orbiga (véase fig. 1), nombres actuales de la antigua Lórviga, dehesa en la que el P. Mariana situaba la población romana de *Ilúrbida*.



